

dero que las mujeres son infatigables en el trabajo que pueden soportar, por prolijo que éste sea. ¿Quién tendrá la paciencia que ellas para sacar de un cambray superfino, con mucha cuenta y cuidado, treinta mil hilos, para dar dobles puntadas y lazaditas y hacer unas filigranas primorosas? ¿Quién no se cansará solamente de verlas ensartar, guardando dibujo y proporción, millares de cuentecillas de chaquira para hacer una trenza, una cigarrera ú otra cosa? Lo mismo digo de todos sus artefactos.

Pero si á proporción del premio hemos de juzgar del mérito de las obras, ninguno tienen las de las mujeres, porque ningunas hay más mal pagadas. ¿Y esto de qué proviene, sino de que la aguja, el dedal y las tijeras son los únicos instrumentos que manejan todas, esto es, todas las que son mujeres? Para una camisa hay doscientas costureras, y para una cosita de primor y curiosidad hay comunidades y congregaciones de curiosas¹. Por esta razón, las que trabajan por necesidad abaten el precio de sus costuras hasta el extremo, para encontrar algo que hacer. Esto consiste en que todas las mujeres que quieren serlo no saben sino una misma cosa. Si todos los hombres fueran pintores, la miniatura más preciosa valdría dos reales.

¹ Tales son las Vizcainas, Belén, la Enseñanza, y todos los conventos de religiosas y colegios de niñas.

De que sea tan mal pagado el trabajo de las mujeres resulta que, aun las más laboriosas, no pueden sostenerse con la aguja, y si alguna lo consigue, es á costa de su salud y siempre á las orillas de la miseria.

La viuda que queda pobre y con hijas grandes y bonitas, como no tenga más arbitrio que la almohadilla para sostenerlas, bien se puede considerar en el camino del precipicio, á no ser que las detenga una virtud muy sólida, pues por una parte la constante seducción que les ofrece mejorar de suerte en un momento, y por otra la necesidad que urge y oprime sin cesar, son unos alicientes que conducen á la prostitución con tal vehemencia, que para resistirlos es necesario el poder de la divina gracia. Para precaver estas fatales consecuencias, sería de desear que todos los padres de familia, especialmente los pobres, enseñasen á sus hijas algún arte ó ejercicio que fuese compatible con la delicadeza de su sexo. No encuentro yo embarazo para que las mujeres pobres, según su inclinación, se dedicasen á ser sastres, músicas, plateras, relojeras, pintoras y aun impresoras¹. Cualquier oficio de estos seguramente les proporcionaría más ventajas en los tiempos críticos de la necesidad que las costuras más bien trabajadas.

Mas esto no quiere decir que no se apliquen las

¹ Cuantas objeciones generales se pueden oponer á esta dictamen son tan débiles que se destruyen con un soplo. Quitense del mundo las preocupaciones, y serán más felices los mortales.

mujeres á la aguja, á la cocina y á todos los quehaceres domésticos en su primera edad. Ésta fuera una herejía social. Cada miembro del Estado debe estar en aptitud de desempeñar aquellos cargos á que ordinariamente se destinan los de su clase, y siendo el primer cargo de la mujer cuidar de su marido, de sus hijos y su casa, es de su primera obligación aprender á cumplir con este cargo, el que no llenará nunca la mujer rica ó pobre que ignore á lo menos cómo se sazona un puchero, cómo se hace una camisa, se asiste á un enfermo y se conserva el orden económico y el aseo en una casa.

Por tanto, toda mujer desde su niñez debe instruirse en estos pormenores, solamente porque es mujer, aunque sea rica, porque no sabe si llegará á ser pobre; pero las que no tengan facultades, después de saber lo más preciso, podrían con mejor fruto aprovechar el tiempo que gastan en aprender á bordar, deshilar, labrar, embarcenar, ensartar chaquira y hacer florecitas de seda ó de papel. Yo hablo aquí como en mi casa y como padre de mi hija; cada uno en la suya hará lo que le dicte su prudencia ó su gusto.

A este tiempo entró Pomposita en el comedor hecha una Filis, con los rizos tan bien puestos como si se los hubiera medido á compás y con la más exacta geometría.

Nos sentamos á la mesa, y durante la comida se

habló de varias cosas. Entre ellas me contó el coronel como doña Eufrosina había dado á luz dos niños, que existieron poco en el mundo, porque las *chichiguas* y *pilmamas* les dieron pronto sus pasaportes para el cielo. Doña Matilde no tuvo más que á Pudenciana, y acaso se esterilizó por alguna imprudencia con que la trataron en su parto, según el coronel temía.

No dejó de hablar Pomposita; pero con un aire de orgullo y satisfacción, que yo no cesaba de admirar, y no tanto por su vanidad cuanto por su estilo ampollado y pedantesco.

Finalmente, se concluyó la comida; las dos niñas se fueron á divertir con los pájaros y macetas, y nosotros nos fuimos á la sala á pasar la siesta.

Entonces me dijo el coronel como se había separado de la casa de su cuñada por excusar un rompimiento, á causa de las frecuentes disputas que se ofrecían, por no ser las dos familias de igual modo de pensar.—Yo quiero mucho á Pomposa y á sus padres, añadía el coronel; pero no puedo conformarme con sus costumbres. Una de las cosas que me hacían contrapeso para la educación de mi hija era el genio de Pomposa y el mal ejemplo que la daba. Ya tú conoces mi carácter y el de Matilde, como que casi te criaste con nosotros, y ya verás qué bien me parecería que quisieran hacer á Pudenciana andariega, ociosa, bailadora, vana, presumida y altiva; pues

todo esto y algo más sería al lado de su buena primita; porque las malas costumbres se contraen muy fácilmente, y más cuando hay ejemplos que las insinúen y partidarios que las justifiquen ó que pretendan justificarlas.

Yo siempre procuraba irle á la mano á mi cuñada en muchas cosas; pero gastaba en vano mi saliva. Ella es de capricho, y quererla persuadir de una verdad que no le acomoda es lo mismo que querer ablandar una bigornia con la mano.

Reflexionando seriamente en las fatales consecuencias que podía acarreararnos su tan inmediata compañía, la he separado, pretextando primero la enfermedad de Matilde y después la comodidad que me proporciona esta casa; y de este modo hemos salido en paz, aunque yo no he conseguido enteramente el fin que me propuse; pues como por una parte nos amamos y por otra los vínculos de la sangre estrechan nuestra amistad, lo que se ha logrado es alejar las casas y disminuir las ocasiones; pero no cortar éstas del todo, que es lo que yo deseara. Todos los domingos viene Pomposita ó envían por Pudenciana, y no hay paseo ni frasca á que no nos conviden con instancia; y lo peor es que muchas veces es preciso contemporizar, por no ofender las leyes de la amistad ó de la política, por no parecer ridículo y misántropo.

Apoyé, como era justo, el discurso del coronel, y por saber qué juicio hacía del afectado estilo de su sobrina, le dije:—Entre las nulidades que usted ha observado en la niña Pomposita, luce su instrucción lo mismo que una perla entre muchas piedras falsas. A lo menos así me parece, después que en la mesa la oí explicarse en algunas materias con términos técnicos ó propios de lo que se trataba, lo que me hizo creer que estaba bastante instruída.

—Debía estarlo, contestó el coronel, porque tiene bastante capacidad; mas ha llenado su entendimiento de impertinencias y bagatelas, y con esto ha conseguido hacerse una erudita á la violeta y bachillera perdurable. Los hombres de juicio la compadecen, al mismo tiempo que los tontos la celebran.

Toda la causa de la ignorancia y pedantería de Pomposa ha sido la indolencia y falta de precaución de su padre. Al principio no cuidó de que se instruyera, y después la permitió leer indistintamente los libros que él había comprado para adornar su gabinete. Con esto la muchacha ha picado de todos y de cada uno sin el menor discernimiento y se ha llenado de multitud de ideas heterogéneas ó diferentes entre sí, las que saca á la plaza cuando quiere; y como carece del verdadero conocimiento de las materias que trata, al mismo tiempo que de la legítima significación de los términos con que se